

***Iglesia: carisma y poder***  
***Ensayos de eclesiología militante***  
**Leonardo Boff**

Indo-American Press Service  
Bogotá, 1989

Danilo Barragán Galarza  
CVX – Ecuador  
Director del Servicio Ignaciano de Voluntariado

---

*Iglesia: carisma y poder* reúne una serie de ensayos y artículos que Leonardo Boff ha desarrollado como resultado de su investigación y reflexión teológica pero sobre todo como fruto de su amor por la Iglesia. Boff es uno de los referentes latinoamericanos de la teología de la liberación y la variedad de argumentos que presenta en la obra escudriñan en la imagen tradicional y acomodada de la Iglesia católica para reencontrarnos detrás con una renovación eclesial más cercana a su dimensión salvífica y sacramental.

El libro inicia con una reflexión sobre las Prácticas pastorales y modelos de Iglesia, interrogándose acerca de la correcta articulación entre Reino, como la salvación en su último estado; mundo, como lugar donde se realiza históricamente el Reino e Iglesia, como sacramento –señal y mediación– del Reino. Un desequilibrio en estos elementos puede afectar la salud de la Iglesia, como se ha evidenciado en la historia a través de sus distintos modelos: desde la Iglesia como ciudad de Dios, única portadora de la salvación; pasando por la *Mater et Magistra*, articulada al poder, hasta la Iglesia presentada en el Vaticano segundo como sacramento de salvación, abierta a la modernidad y que da valor teológico a lo secular.

De este último modelo se inspiró un análisis crítico sobre las causas del subdesarrollo que antecedió al modelo de la Iglesia a partir de los pobres, en el cual el pueblo oprimido es el sujeto histórico, organizado en las comunidades eclesiales de base, que poco a poco discuten sus problemas, analizan sus causas y pasan de ahí al ámbito político y a la opción liberadora<sup>1</sup>. Una Iglesia que nace de la fe del pueblo, cuyo compromiso político toma forma en la propia reflexión de la fe que exige cambio. La eclesiología de este modelo supone una redistribución del «poder sagrado», en el que la jerarquía se comprende como servidora y el laicado encuentra un nuevo rol y nuevos ministerios. Este tema se profundiza en Las eclesiologías subyacentes a las comunidades eclesiales de base, donde se pueden encontrar prácticas clericalistas, legalistas o ritualistas, que motivan una solución desde las dimensiones de Pueblo de Dios, de comunidad de Fe y en el carácter liberador y profético de la Iglesia.

En Prácticas teológicas e incidencias pastorales, Boff define a la teología como la manera propia de ver todas las cosas bajo la luz de Dios, que presenta varias formas de realizarse históricamente, de lo cual surgen las diversas tendencias teológicas. Éstas alinean su fidelidad al Evangelio con temáticas fundamentales propuestas por la historia y la sociedad puesto que, afirma Boff, es una ingenuidad epistemológica pretender un discurso teológico neutro. Advierte, sin embargo, que la Iglesia, como cualquier otra organización social, está atravesada por tendencias, intereses y conflictos por lo que la tendencia teológica no debe asumir el papel de única teología, sino que más bien necesita tener claridad de sus límites, pues en lo dicho está lo no dicho<sup>2</sup>; de hecho, muchas veces las verdaderas

---

1 La fe cristiana mira directamente a la liberación última y a la libertad de los hijos de Dios en el Reino, pero incluye también las liberaciones históricas como formas de anticipación y concretización de la liberación última, sólo posible al final de la historia en Dios (p. 23).

2 P. 27.

intenciones de una tendencia se revelan al analizar los temas que critica o condena.

De inmediato, el autor repasa las posturas más representativas a lo largo de la historia eclesial: La teología como explicitación del *depósitum fidei*, única depositante de las verdades necesarias para la salvación; la teología como iniciación de la experiencia cristiana, que busca complementar al saber intelectual teológico con la experiencia viva de Dios; la teología como reflexión del *mysterium salutis*, retomada por el Vaticano II y que recuerda el sentido universal de la salvación divina; la teología como antropología trascendental, que extiende el misterio al ser humano y plantea la salvación en el plano individual; la teología de las señales de los tiempos, que se abre al mundo y busca secularizar los problemas y sentires eclesiales; por último, la teología del cautiverio y de la liberación, que como lo mencionamos surge de la interpelación con la población marginada y empobrecida. Boff, en todas estas tendencias, encuentra alcances y limitaciones específicas. Así, la teología de la liberación puede presentar dificultades para acercarse a la dimensión de la conversión personal, a pesar de lo cual responde de mejor manera la inquietud sobre cuál de las tendencias es la más adecuada para la Iglesia en el aquí y el ahora.

Dentro de la misma línea, en La Iglesia y la lucha por la justicia y los derechos de los pobres, se sustenta teológica y doctrinalmente el porqué de este compromiso de la Iglesia con la gente oprimida. En contraste con la terrible realidad de inequidad y opresión del mundo, Boff asevera, con base en la doctrina social de la Iglesia<sup>3</sup>, que la defensa de la justicia es **constitutiva** de la predicación del Evangelio. La lucha por la justicia no es un elemento complementario, sino sustancial, que no politiza – en su sentido peyorativo- el Evangelio, sino que le es verdaderamente fiel. Para ello, tres argumentos principales: a) la historia salvífica presente en las escrituras (AT y NT), en la que Dios busca justicia por sobre ofrendas y sacrificios (Is. 1, 11-18); b) la encarnación de Dios en Jesucristo, intervención historizada de Dios a favor del ser humano, que presenta una clara opción por la justicia y, por último, c) el propio Reino, cuya salvación es trascendente, pero a la vez integral y por lo tanto se inicia en este mundo con la liberación del pecado, la injusticia y la opresión.

En tal sentido, es vigente la relación entre justicia y política. La política no está por fuera del ámbito de Jesucristo, es concomitante a la expresión de la fe, pues da cuenta de que el amor ha descubierto su dimensión social y solidaria. Boff distingue entre «Política», con mayúscula, como búsqueda del bien común, la promoción de la justicia y de los derechos, -todo lo cual compone la misión de la Iglesia- y «política», con minúscula, que es la política del partido, responsabilidad exclusiva para el laicado.

La visión de la dignidad del ser humano desde la Iglesia parte desde Dios, y por lo tanto reconoce su fundamentalidad y sus derechos con facilidad. Así lo sostiene Boff, en La cuestión de la violación de los derechos humanos dentro de la Iglesia, donde parte por aclarar que no toda teoría es absolutamente reversible a una práctica totalmente consecuente, pero además del desfase teórico-práctico, hay otros producidos por razones más de tipo institucional, coyuntural o de conveniencia, de entre los cuales resultan más negativos aquellos sistemáticos originados por formas de institucionalización erradas y presentes, por ejemplo, en el nivel institucional, con la centralización del poder en la jerarquía o la discriminación contra las mujeres; en la formación de la opinión, donde hay un manejo restringido de la comunicación y la libertad de expresión y, por último, en la doctrina, defendida por la Congregación para la Doctrina de la Fe desde una mentalidad tradicionalista y reaccionaria que dialoga poco con el mundo contemporáneo.

Boff intenta explicar estos problemas a partir de tres perspectivas: a) histórica-sociológica, con la

---

3 Los documentos citados en esta sección son La justicia en el mundo, del sínodo de obispos ( 1971); Octogesima Adveniens; Evangelii Nutiandi (1975); Redemptor Hominidis (1979) y los documentos finales de Puebla y Medellín. Al ser parte de la doctrina oficial, las conclusiones de estos documentos son, a juicio de Boff, obligatorias para todo cristiano.

herencia estructural de la Iglesia formada durante la época romana y feudal, modelo exitoso que choca con la realidad de derechos humanos actual, que discrimina y solo busca defenderse alejándose de los problemas del mundo; b) analítica, que ubica la conducta de la jerarquía en la imagen que tiene de ella misma, la (única) portadora de la revelación, que no se deja interpelar por el mundo llegando a la intolerancia y el dogmatismo; por último, c) estructural, evidenciada en las prácticas concretas de quienes están en el poder, que plantean una teología que viene a justificar y reforzar su poder. Ante esto, Boff elabora caminos de superación basados en la propia condición sacramental de la Iglesia: prácticas diferentes bien sustentadas, mayor participación laical en el poder y los ministerios, orientación hacia la libertad e igualdad, seguimiento de Dios vivo, entre otras.

A partir de esta reflexión, surge la pregunta: ¿El poder y la institución en la Iglesia pueden convertirse? Boff aclara que la institución es necesaria para subsanar las necesidades de la comunidad, pero no es en sí misma, si no en función de la comunidad de fe. La institución, duradera, estable y organizadora, tiene a olvidarse de su función y se sobrepone a la comunidad. La institución es cercana al poder, el cual tiende a corromperse y reprimir la creatividad y la crítica. Luego del viraje de Constantino, la Iglesia, nacida de la ruptura (novedad) con el judaísmo y perseguida por el poder, tiene ahora que enfrentarse con él evangélicamente. El cristianismo no superó este desafío y para el siglo XI, la reforma gregoriana alejó tanto más al Cristo humano y solidario subrayando al Dios todopoderoso con el Papa como su vicario. Durante la era de la lucha por las libertades, la Iglesia siempre presentó neutralidad u oposición, adhiriéndose a los nuevos derechos únicamente cuando son oficialmente reconocidos: se mantuvo constantemente junto al poder, acomodándose a lo establecido.

La Iglesia no pudo enseñar el poder como servicio y contribuyó con su acomodamiento a grandes aberraciones ocurridas en la historia de occidente. Sin embargo, la crisis de la Iglesia tradicional ha servido como una oportunidad para la participación del laicado, que mantiene el reto de no repetir modelos pasados y acercarse a lo nuevo, a lo osado, sin negar su historia con el poder sino buscando la conversión a partir de él. Boff propone recuperar el sentido evangélico de la autoridad, retornando a las fuentes en las que Jesucristo significaba liberación, servicio y debilidad como manifestación del Amor de Dios. Un Evangelio que es cuestionador de los valores establecidos, que significa juicio y crisis de los comportamientos humanos. Con la inquietud sobre sí ¿Se justifica la distinción entre Iglesia docente e Iglesia discente?, se recoge este espíritu, llamando a jerarquía y laicado a mantener el diálogo y la crítica mutua, sostenida sobre una referencia total hacia los problemas del mundo.

Boff profundiza su reflexión sobre la dimensión institucional en El catolicismo romano: estructura, salud, patologías. Parte por preguntarse ¿qué es el catolicismo?, interrogante que históricamente surgió con la Reforma y el posterior protestantismo. El catolicismo, para esta, es una tergiversación histórica del cristianismo, que evolutivamente se lo fue ubicando desde mediados del siglo II hasta la construcción de las mismas Escrituras. La Iglesia católica no pudo más que reaccionar a la defensiva ante estas aseveraciones, sin embargo la revisión crítica y teológica posterior pudo ir demostrando que la Iglesia no es una institución inamovible, sino la unidad de pluralidades, construcción de las personas de fe en diálogo con el entorno circundante. En este proceso, surge el poder decisión como uno de los principios más importantes del catolicismo, pues así como Dios tomó la decisión en Jesucristo a través del mundo, así la Iglesia vive en cuanto permanentemente se decide a asumir la decisión divina en el enfrentamiento con las exigencias decisivas de la historia.

Luego de esta reflexión, Boff afirma que la concretización del catolicismo en el mundo se llama catolicismo e Iglesia. La Iglesia católica es mediación de la Iglesia de Cristo: no podemos quedar con la imagen de la Iglesia de Cristo, etérea, por una parte y de las diversas agremiaciones eclesiales visibles, por otra. Esta idea da paso actualmente a dos corrientes dentro del catolicismo: a) una dogmática que afirma que la Iglesia estaba ya en los pensamientos de Cristo, lo cual se deduce de su predicación del

Reino y de su actuación ante los Doce y b) otra exegética-histórica, que señala que la Iglesia no estaba como tal en los pensamientos del Jesús histórico sino que surge como evolución posterior a su resurrección<sup>4</sup>.

Concluye Boff que el catolicismo no es el resultado de una degeneración histórica del cristianismo primitivo, sino que es un principio, una mediación histórica., la cual, sin embargo, presenta problemas si se pretende identificar totalmente a la mediación con el Evangelio<sup>5</sup>. Dentro del cristianismo, es factible centrarse en la identificación Iglesia-Evangelio, en la encarnación, o en la no-identificación, en su carácter absoluto. Ambas posturas explican mucho las diferencias entre catolicismo y protestantismo, pero también conducir a un radicalismo que lleve a patologías eclesiales.

Boff encuentra la identidad del catolicismo en este sentido de mediación, que no lo identifica de manera pura con el cristianismo sino que afirma su carácter simbólico. Es una realidad doble, que al mismo tiempo que se hace presente también se oculta. Se vive una ausencia. Está vigente una no identidad. El catolicismo es pues, un movimiento dialéctico de afirmación de la identidad y de la no identidad. De hecho, el catolicismo es *sacramentum*<sup>6</sup> del cristiano que expresa la ley fundamental de toda la economía de la salvación: la gracia no cae como un rayo del cielo sino que pasa por la corporalidad y por los elementos de este mundo y a través de los cuáles Dios se encuentra con el ser humano. El misterio se revela en el sacramento pero continúa siendo misterio. Este sentido sacramental, concretizado en el tiempo y espacio del mundo, explica su carácter sincretista, que se concreta en la diversidad de las manifestaciones bajo la unidad de la misma fe, como lo explica Boff en A favor del sincretismo: la producción de la catolicidad del catolicismo.

Renovación y fidelidad al Evangelio son las dos líneas conductoras de los ensayos de Leonardo Boff a lo largo de esta obra, que puede conjugar con coherencia y sustentación estas dos ideas que no son sencillas de compaginar. El valor del análisis de Boff radica en la distinción que hace entre lo esencial y lo instrumental. Así, propone mantener con fidelidad la Buena Nueva de Jesucristo, con su propuesta humana, inspiradora de justicia, crítica ante los valores del mundo y clara en su mensaje de esperanza y Amor del Padre; al mismo tiempo que urge la transformación de las estructuras institucionales de la Iglesia católica, en un desafío directo a su matrimonio con el poder, que ha llevado a desdibujar su misión salvífica, alejándola de la esencia misma de la vida, muerte y resurrección de Jesucristo.

---

<sup>4</sup> Boff se menciona entre los teólogos que se inclinan por esta segunda postura además de mencionar a Shnackenburg, Blanck, Vögtle –dentro de la exégesis católica– y a Peterson, Ratzinger, y Küng –como parte de la teología sistemática, área en la que él se incluye–.

<sup>5</sup> Con esta perspectiva el Vaticano II al usa la fórmula de que la Iglesia de Cristo subsiste en la Iglesia católica romana, dejando atrás la identificación total del catolicismo con el cristianismo.

<sup>6</sup> Esta es una de las palabras más antiguas del catolicismo por el cual se autodefinía a sí mismo. Traduce la palabra griega *mistérion*.